

INTRODUCCIÓN.

UNA REFLEXIÓN SOBRE LA PANDEMIA DEL 2020

---

Los dinamiteros experimentados saben que, para causar una explosión con los efectos más devastadores posibles, tienen que repartir la dinamita disponible en dos paquetes: uno con un cuarto y, un segundo paquete, con el 75 por ciento restante. Primero se hace explotar el paquete pequeño e, inmediatamente después, el más grande. El pequeño abre el camino a la onda expansiva de la explosión más grande. En cierta medida esto es lo que nos está pasando: aún no recuperados de la crisis global de 2008, tenemos que lidiar con una segunda, todavía mucho más intensa que la primera.

La crisis del año 2020 se está manifestando, básicamente, en tres ámbitos muy distintos: en el epidemiológico, en el económico y en el social. Veamos cada aspecto por separado, aunque en la realidad no lo están, son uno solo: confinamientos más o menos generalizados y severos por todo el mundo, más de treinta millones de infectados y más de un millón de muertos. De momento.

En lo que se refiere al aspecto sanitario, hay al menos dos elementos determinantes: la gestión diaria de los tratamientos médicos a los contagiados y la investigación de una vacuna efectiva y definitiva. Sobre los tratamientos sanitarios a los enfermos de Covid-19 no vamos a entrar: nada que decir. Pero a propósito de la vacuna quisiera hacer algunas reflexiones. Cuando hablamos de una vacuna nos estamos refiriendo a un fármaco similar al que está disponible frente a la tuberculosis, el sarampión, etc. Lamentablemente, pasarán algunos años antes de que dispongamos de una vacuna así frente a la Covid-19. Aquellas vacunas llevan utilizándose décadas, conocemos sus efectos directos y las complicaciones secundarias que pueden aparecer en algunos casos. Estos conocimientos están ya muy generalizados en toda la profesión médica y los sistemas sanitarios tienen perfectamente asumidos los protocolos de actuación. A una situación así —frente a la Covid-19—llegaremos tras un tiempo que se nos va a hacer muy largo. En este sentido, podemos dar por hecho que este coronavirus habitará entre nosotros y tendremos que convivir con la pandemia durante un tiempo. Habrá que adaptarse, adaptándose.

Otra reflexión sobre la vacuna tiene ya un carácter más geopolítico. En términos de prospectiva, no va a ser lo mismo que esa vacuna sea diseñada en China, en Rusia, o en el complejo Europa/Estados Unidos. La hegemonía U.S.A. se consolidó con la llegada del hombre a la luna en 1969, un hito histórico. La

vacuna podría significar hoy un acontecimiento con una relevancia semejante y, en su caso, un reordenamiento de la geopolítica mundial en torno a los viejos liderazgos o sobre una China convertida ya –y definitivamente– en un actor incuestionable y de primer orden. Vamos a detenernos en este asunto.

El general y filósofo (si se me permite la redundancia) griego Tucídides (S.V a.C.) plantea en su conocida *trampa* que ninguna potencia nacional abandona su estatus de hegemonía mundial sin plantear previamente un conflicto armado. El resultado de este conflicto determinará un nuevo liderazgo o la consolidación del existente, en función de quién sea el vencedor de la contienda. Siglos más tarde se ha comprobado que, en gran medida, esto es así. Hay casos en los que la potencia aspirante no llega hasta las últimas consecuencias y se retira antes de plantear el conflicto frontal y definitivo, consolidando así la supremacía del país hegemónico. Esto lo hemos visto con la antigua Unión Soviética frente a Estados Unidos y no es desdeñable que ocurra (quizás varias veces) con China frente a los U.S.A.

Y en este contexto de guerra fría por la hegemonía mundial es donde entra la patente de la vacuna contra la Covid-19. Veamos. Fernand Braudel escribía (nótese, en 1977) a propósito del cambio del centro de gravedad de la economía mundo desde el mediterráneo a los países nórdicos en el siglo XVI que “el mundo mediterráneo, a partir de los años 1570, fue hostigado, atropellado y saqueado por navíos y mercaderes nórdicos, y que éstos no construyeron su *primera fortuna* gracias a las Compañías de Indias o a sus aventuras por los siete mares del mundo. Se volcaron sobre las riquezas existentes en el mar Interior y se apoderaron de ellas empleando todos los medios, mejores o peores. Inundaron el Mediterráneo de productos baratos, a menudo mercancías de mala calidad, pero que imitaban a conciencia los excelentes tejidos del Sur, adornándolos incluso con sellos venecianos universalmente famosos a fin de venderlos con este *label* en los mercados ordinarios de Venecia. A causa de esto, la industria mediterránea perdía simultáneamente su clientela y su reputación. Imagínense lo que ocurriría si, durante veinte, treinta o cuarenta años, algunos países nuevos tuvieran la posibilidad de aprovecharse sistemáticamente y sin escrúpulo de los mercados exteriores, e incluso interiores, de los Estados Unidos al vender en ellos sus productos con la etiqueta *made in USA*.”

En resumen, el triunfo de los nórdicos no se debió ni a una mejor concepción de los negocios, ni al juego natural de la competencia industrial (aunque es cierto que contaron con la ventaja de sus salarios inferiores), ni al hecho de su paso a la Reforma. Su política consistió simplemente en ocupar el lugar de los antiguos ganadores, recurriendo también a la violencia. ¿Hace falta decir que esta regla sigue vigente? “. (Fernand Braudel; *La dinámica del capitalismo*. Ed. Alianza Editorial. Madrid, 1985. Págs.102 a 103).

Desgraciadamente no nos tenemos que imaginar nada. Tenemos la realidad ante nuestros ojos. Desde los sucesos de la plaza de Tiananmen hasta hoy han pasado algo más de los treinta años de los que nos hablaba F. Braudel. En este sentido, la búsqueda de una vacuna contra el Covid-19 se está llevando

a cabo en un contexto en el que predomina la violencia, solo algunas veces de guante blanco. Las copias ilegales de fármacos que no respetan la propiedad intelectual de las empresas; el espionaje industrial a gran escala entre laboratorios y empresas farmacéuticas, muchas veces bajo la protección de los gobiernos y sus agencias de inteligencia; pruebas en humanos al margen de cualquier control gubernamental, etc. Una carrera desenfrenada hacia la obtención de una vacuna definitiva que está motivada, no solo por motivos epidemiológicos, sino una carrera hacia el liderazgo mundial. Si la llegada del hombre a la luna no fue más que un hermoso espectáculo televisado (con bandera incluida), la vacuna podrá salvar millones de vidas humanas, poniendo al país que la consiga en la cúspide del desarrollo tecnológico mundial.

En lo que se refiere al impacto económico, esta crisis es, en bastantes aspectos, similar a la de 2008, aunque amenaza con ser bastante más grave. Lo que en aquel momento representó la caída del crédito y la crisis bancaria, hoy lo ha provocado la caída de la actividad económica derivada del confinamiento y el miedo a la pandemia. En 2009 el PIB mundial disminuyó casi un dos por ciento y el comercio internacional lo hizo en un 12 por ciento. Las previsiones para este 2020 nos están informando de caídas en el PIB mundial superiores a un cinco por ciento y caídas también en el comercio internacional superiores a un 20 por ciento. Por supuesto, tasas respecto al año anterior y con una fuerte variabilidad entre unos países y otros.

En un contexto así, es fácil prever lo que tenemos por delante. Una fuerte disminución de los ingresos públicos --probablemente mayor que la caída en la actividad económica-- tal y como ya nos pasó a partir de 2008. En paralelo, un importante incremento del gasto público por parte de las administraciones, vinculado al incremento en el gasto sanitario, al mantenimiento del nivel de empleo y al incremento de las ayudas al tejido económico y social. En consecuencia, tendremos una evolución muy negativa de los déficits fiscales. En este sentido, el FMI pronostica déficits públicos de dos dígitos para la mayoría de los países a finales de 2020. Si esto es así --y nada nos hace pensar lo contrario-- tendremos por delante una larga etapa de ajustes basada en la generalización de las políticas de austeridad en prácticamente la economía mundo en su conjunto. Todo esto en un contexto en el cual el nivel de endeudamiento internacional (sobre todo en el sector público) alcanza ya cotas históricas.

El endeudamiento en la economía mundial ha llegado a cotas inimaginables hace algunos años. A finales de 2019 la deuda total (la pública más la privada) sobrepasaba tres veces el PIB, y en este 2020 las previsiones apuntan a un crecimiento hasta un 330 por ciento del PIB mundial. En este contexto, el papel que están jugando los bancos centrales es determinante. A través de las políticas de compras de bonos (Expansiones Cuantitativas) para mantener la liquidez en el sistema y evitar así las crisis de solvencia, los balances de estos bancos han tenido un desarrollo espectacular. A finales del 2020 el balance del B.C.E. llegará a alcanzar casi el 65 por ciento del PIB europeo, después de haber crecido de forma exponencial desde 2008 a la actualidad. (Recordemos

que el standard FMI es mantener el balance alrededor de un 10 por ciento del PIB). Un caso parecido es el de la Reserva Federal americana (la F.E.D.): con una trayectoria similar a la europea, llegará a finales de 2020 con un balance ligeramente superior al 40 por ciento de su PIB. Inferior al europeo, pero con una trayectoria muy semejante: un primer impulso a partir de 2009 y una aceleración muy visible en 2020 (y probablemente, en los años siguientes). El Banco central de Japón (BoJ) acumula en su balance activos por un importe superior al 140 por ciento del PIB japonés.

Esta capacidad ilimitada de crédito desde los bancos centrales es lo que está explicando unos tipos de interés negativos (sobre todo en vencimientos inferiores a los cinco años) y, por ejemplo, las subidas de las bolsas, mayormente alimentadas por un crédito muy barato. Puede resultar extraño que las bolsas europeas (principalmente la alemana) hayan ya recuperado las pérdidas acumuladas durante el confinamiento o que la Bolsa de Nueva York vaya por el mismo camino.

Si se me consiente, una digresión. Una vez le preguntaron a J. A. Schumpeter qué es eso del capitalismo. El economista responde que el capitalismo es un invento maravilloso que consta de tres piezas. La primera es el respeto a la iniciativa y a la propiedad privadas: quien lo hace bien gana y el que no, que se dedique a otra actividad. La segunda es la innovación. Esa curiosidad que tenemos los humanos por saber el cómo funcionan las cosas, desmontando juguetes y creando otros nuevos. Y la tercera es el crédito. Una máquina espectacular que permite disponer hoy de rentas que se generarán en el futuro. Pues bien, hoy en día hemos dispuesto ya de las rentas generadas, por lo menos, hasta 2025.

Todo este asunto del endeudamiento saca a colación una cuestión mayor. La falta de una teoría económica consistente que nos explique de forma satisfactoria cómo es posible la coexistencia entre inflaciones muy bajas (incluso negativas), tipos de interés muy bajos (incluso negativos) y una expansión de la masa monetaria nunca vista hasta ahora en la historia reciente del capitalismo. En la ortodoxia del pensamiento económico hay algo que no funciona. Quizás, y en términos de la *longue durée*, estamos ya instalados en una etapa de estancamiento secular (en el sentido que le dio a este concepto A. Hansen en 1930 en plena gran depresión, o L. Summers en 2013 en plena crisis financiera) que podríamos calificar de socialismo de banco central. Un capitalismo en el cual una sola institución pública (e independiente) controla más allá de la mitad del producto.

A mayores, una última reflexión sobre este asunto. El endeudamiento trae al presente las rentas futuras. Pero, además, y en consecuencia, trae al presente los futuros crecimientos del PIB. Al endeudarnos y gastar ahora estamos acelerando el crecimiento en el presente y ralentizándolo en el futuro. De ahí que las tesis sobre el estancamiento secular tengan tantas posibilidades de responder a la realidad actual, sobre todo, como es el caso, si un endeudamiento descomunal va acompañado de la ralentización en el crecimiento demográfico e intenso envejecimiento de la población,

débil impacto del desarrollo tecnológico sobre la productividad total de los factores, etc.

Un tercer elemento de la crisis actual se refiere a su impacto sobre la articulación de la sociedad, sus formas de vida y las interacciones entre las personas. En este aspecto de la crisis hay que tener en cuenta que las tecnologías de la información ya estaban maduras en 2020 y que lo que sí está haciendo la crisis de la Covid-19 es acelerar su uso y su utilización por parte de la ciudadanía. La generalización de estas tecnologías hace posible, por ejemplo, el teletrabajo desde el domicilio familiar. Un apunte adicional. El felpudo que tenemos a la puerta de nuestra casa representa la frontera entre la esfera de lo público y el ámbito de lo privado. En la esfera de lo público predominan los criterios de productividad, maximización, y todos aquellos elementos que forman parte de la teoría de la utilidad de los consumidores y/o de la racionalización de la inversión de las empresas. Es un mundo bastante hostil en el que suelen predominar juegos de suma nula: las ganancias de unos son las pérdidas de otros. Por el contrario, en la esfera de lo privado —del felpudo para dentro— los criterios son absolutamente distintos y frecuentemente contradictorios con los criterios anteriores. Este es un mundo en el que se trata de maximizar el bienestar del conjunto familiar, incluso a base de renuncias individuales, y sacrificios personales, que son impensables en el mundo exterior. La maximización del retorno no existe, la productividad tampoco. Pues bien. El teletrabajo viene a situar la frontera entre esta dicotomía dentro de los hogares, invadiendo la vida íntima de las familias y mercantilizando el tiempo de estar en casa. Gana el mercado y pierde el no-mercado. En la medida en que el teletrabajo se generalice (y es muy probable que lo haga en las actuales condiciones) la evolución de las estructuras familiares va a seguir por unos derroteros bastante diferentes a los que ha venido utilizando hasta ahora.

En el análisis del impacto social de la pandemia un punto central se refiere a la pervivencia y reproducción de las clases medias, sobre todo el segmento vinculado al comercio, a algunos servicios y a la producción industrial en pequeña escala. Estas clases urbanas, frecuentemente liberales y cultas, eran el sostén de la vida ciudadana, tanto en lo económico como en el terreno cultural. Las nuevas tecnologías, y los nuevos canales de comercialización, están liquidando este segmento de la población, incapaces de competir en precios y en catálogo con las grandes plataformas de distribución. Empieza a ser frecuente un paisaje urbano muy deteriorado en el centro de las ciudades, con una parte importante de los locales comerciales cerrados, esperando un alquiler que no le interesa a nadie o a un comprador que lo convertirá en viviendas a ras de la acera. Lo que hasta ahora era una dinámica inherente al capitalismo —la concentración del capital y la progresiva proletarización de las clases medias— las nuevas tecnologías aceleran el proceso y lo expanden y consolidan a nivel mundial.

Vamos a detenernos en este punto, pero antes un ejemplo. Pongamos Portugal. Antes de entrar en la Unión Europea, los límites fronterizos

portugueses marcaban el ámbito de la libertad de circulación de mercancías, personas, capitales, etc. Y, al mismo tiempo, esos límites fronterizos marcaban el ámbito de actuación de la hacienda pública y de la actuación fiscal del estado portugués: recaudación tributaria, gasto público, ámbitos jurídicos y legislaciones de distinto tipo, etc. Había una correspondencia entre el marco de la circulación de bienes y factores con el marco fiscal y la actuación tributaria del estado. Esta correspondencia era muy importante porque facilitaba que el estado pudiera corregir los desequilibrios del mercado tratando de disminuir en lo posible los costes de ajuste (inherentes y recurrentes al capitalismo), a través de políticas económicas y sociales de reequilibrio y compensación. Aquí entran los subsidios de desempleo, fomento de la natalidad, sistema de jubilación, etc. Un sistema fiscal que estaba dotado de estabilizadores automáticos que garantizaban un trasvase de rentas desde los más favorecidos (empresas, personas, regiones, etc.) a aquellos que tenían más dificultades (empresas, personas, regiones, etc.). Era la forma en la cual los estados nación se aproximaban a lo que podríamos llamar un equilibrio general.

En el momento en que Portugal se integra en la Unión Europea, aquella correspondencia quiebra. El ámbito de circulación de los bienes, personas y capitales pasa a ser Europa en su conjunto, mientras que el ámbito fiscal queda reducido a lo que ya era: los límites fronterizos nacionales. Y a mayores, la entrada de Portugal en el Euro: se fortalece la libre circulación de factores y mercancías por el territorio comunitario. Eso y solamente eso. Las fuentes de perturbaciones asimétricas son ahora globales, mientras que los instrumentos fiscales siguen siendo nacionales. Como se podría decir desde el estructuralismo de los años setenta, la superestructura ha dejado de corresponderse con la estructura. Cada una va por su lado, siguiendo su propia dinámica.

Y este es un problema serio. Y es un problema serio porque podemos modificar el ejemplo anterior y sustituir Portugal por cualquier país del mundo y a la U.E. por un mercado mundial casi completamente liberalizado. Esta acumulación a escala mundial no tiene el contrapeso de un estado a escala mundial que suavice los costes de ajuste que puedan existir en algún país/sector. Y esto es cada vez más palpable: mientras las empresas tecnológicas alcanzan valores estratosféricos en la bolsa americana, los bajos comerciales en gran parte de las grandes ciudades están vacíos. Incluso en las ciudades americanas. Dicho de otro modo: pasamos de un mundo en cual los desajustes en la economía nacional se ajustaban dentro de las fronteras del estado nación a otro mundo en el cual los desajustes y los choques asimétricos tienen origen global mientras que las políticas de ajuste siguen siendo nación a nación, cada una con sus recursos y sus posibilidades.

Esta falta de correspondencia entre lo que es la geografía de un mercado único a nivel mundial y el espacio compartimentado de los estados nacionales y sus políticas públicas, introduce un importante nivel de estrés y tensión interna en el capitalismo mundial. Y es una fuente



importante de desigualdad. Por las grietas que existen entre un mercado único a nivel global y los estados nacionales se cuelan la elusión fiscal, la evasión de impuestos, los paraísos tributarios, unas actividades delictivas de cualquier tipo, etc.

Nos va a costar salir de esta situación. Pero saldremos. Todo lo que hemos planteado aquí ya existía antes de la pandemia. Lo que ésta provoca es una aceleración de algunos procesos que ya estaban en marcha. La peste no nos trae nada nuevo. Solo desolación y tristeza.

Julio G. Sequeiros Tizón